

Apreciados amigos, muchas gracias por estar con nosotros.

Con el inmenso orgullo que tenemos en este día al recibir tan honroso Premio, quisiera compartir con ustedes, en nombre del taita José y en el mío propio, tres reflexiones: **la gratitud, el homenaje y una plegaria.**

Comienzo con la gratitud. En primer lugar queremos dar gracias a la Fundación Paul Feyerabend, a Grazia, a Taghi y al equipo que ustedes representan, por el generoso gesto que han tenido con nosotros al considerar que hemos aportado a la construcción de un mundo más solidario. Estén seguros de que este Premio significa un reto y un compromiso hacia el futuro. Esperamos ser dignos portadores de tal honor.

A nuestro gran amigo, maestro y compañero de viaje, Juan Carlos Riascos, por haber tenido la osadía y la impertinencia de considerarnos dignos de ser nominados para esta distinción, sin siquiera consultarnos. Usted es en gran parte culpable de que estemos aquí, pues su trabajo y su vida han sido testimonio y motivación para amar la naturaleza y trabajar por una herencia verde para las futuras generaciones. Muchas gracias.

Debo confesarles que como alumno de esta universidad, graduado de médico cirujano hace 25 años, me adentré poco después en los caminos de la selva, los indios y las plantas y creí que había perdido el juicio y que quizás incluso ya no hacía honor al título y al diploma recibidos. No obstante, he llevado impresas en mi mente las lecciones de ciencia y de ética que recibí en este claustro y, de la mano de los indios, mantuve la convicción de que la aventura debería tener un justo lugar en la academia. Fue así como, casi 20 años después, de nuevo se me abrieron las puertas de mi Alma Mater y por eso quiero agradecer al señor Rector, al señor Decano, a Andrés Isaza, nuestro entrañable amigo, y a todos los profesores por ese arriesgado apoyo que han brindado a nuestro trabajo. Quiero asegurarles que este Premio también los incluye.

Están aquí mi esposa Carolina, nuestros hijos y nuestras familias. Nada sería posible sin ustedes, y la gratitud y las palabras nunca serán suficientes. No basta con decir que los quiero, pues el amor hay que demostrarlo y todavía estoy en deuda con ustedes...

Deseo rendir un humilde homenaje póstumo a un gran hombre, recientemente fallecido: Alberto Amaya, mi suegro, mi padre, mi maestro, mi amigo y mi confidente. Él, a pesar de ser portador de la

ciencia médica en su más puro clasicismo y a pesar de las dudas de sentir que su hija se casó con un loco y que ella también estaba loca, finalmente se convirtió en el más convencido patrocinador de nuestras locuras, y al final incluso me concedió el honor de acompañarlo en la hora de su muerte. Con gratitud, paz en su vida eterna.

En este extraño trasegar, sería injusto no recordar a aquellos que nos han concedido la inmerecida amistad y nos han enseñado el camino de la salud. A los taitas del piedemonte: primero, Roberto; después, Laureano (el papá del taita José) y a nombres hoy casi anónimos como Fernando Mendúa, Pacho Piaguaje, Santiago y Luis Mutumbajoy, Octavio Mejía, Mamo Munévar, Josefina Payaguaje, para no mencionar a los que aún viven y sostienen la diversidad cultural. Con ellos, a sus familias, sus comunidades y a los cientos de indígenas, afrodescendientes, campesinos y hermanos colombianos que al abrirnos sus corazones y sus vidas han permitido creer en el diálogo intercultural. Cuánto quisiera que sepan que este premio también es de ellos.

Cuando voy citando a tantas personas, me siento extraño al recibir un premio por contribuir a un mundo más solidario, pues en verdad he sido yo el que he sido beneficiado por la solidaridad de los demás. Quiero por eso invocar a todos los compañeros de camino, aquellos con quienes hemos compartido durante décadas esta aventura. El mundo dice “equipo de trabajo”, pero aquí cabe mejor “verdaderos amigos”. Ustedes, muchos presentes, otros ausentes, quizás porque no pudieron venir, quizás porque algunos prefirieron finalmente andar por otros caminos, a todos ustedes muchas gracias. Éste no es el premio a dos personas, éste es el premio a nuestra amistad. Éste es el premio a todos juntos. Y como bien saben, la frase es “animémonos y vaya”.

Por último, en estas palabras de gratitud, siempre cuesta trabajo invocar a Dios. ¡Ay, Señor! ¡Qué singular es recibir la corona de los homenajes, al recordar Tu corona de espinas que ofreces con amor al que quiere ser servidor de la solidaridad! ¡Cuán lejos estamos del amor, Señor...!

Paso ahora a la segunda reflexión: **el homenaje**.

Desde el primer día que supimos de este reconocimiento, mi alma se alegró porque sentí que era un premio verdaderamente intercultural. No creo que sea casual que la UNESCO presente su reciente Informe del año 2009 con el título: *Invertir en la Diversidad*

Cultural y Diálogo Intercultural, recogiendo así lo que durante años hemos aprendido y queremos proclamar.

Hemos tenido una historia asombrosa de avances científicos y tecnológicos, mas también la certeza de que los grandes problemas siguen estando presentes: la violencia, la pobreza, la inequidad, la injusticia e incluso el crecimiento de enfermedades que nos atormentan día a día. Ya está llegando el cansancio de esperar la solución en tecnologías, políticas e ideologías. Y una lección del diálogo intercultural es que tenemos la convicción de que en esas viejas y diferentes maneras de conocer y vivir en el mundo hay respuestas que pueden ayudarnos a ser más solidarios y a vivir mejor. Se trata de abrir las puertas y ventanas de nuestra existencia a viejas y saludables maneras de comprender la historia.

Un primer aprendizaje que quisiera que surgiera de este homenaje: somos diferentes, existe la diversidad cultural. Hay distintas formas de ver y conocer el mundo. Cientos de siglos y guerras permitieron que por fin reconociéramos, con la Revolución Francesa y más tarde con la Declaración de los Derechos Humanos, la igualdad y los derechos universales del hombre. Ahora vamos reconociendo que somos diferentes y que la diferencia cultural es también un derecho y no podemos perderlo.

Un segundo aprendizaje: la diferencia nos permite reconocer nuevos lenguajes. Primero la diversidad cultural, luego también la diversidad biológica que suscita un compromiso por la conservación de la naturaleza. Y hace muy poco, el pluralismo jurídico, una idea revolucionaria y conflictiva, pues se trata de admitir que frente a la imposición de normas y derechos de carácter universal, hay valores y creencias que cada cultura ha construido según sus particulares condiciones biológicas, culturales y geográficas. No dudo de la importancia y la certeza de una ética universal, pero estos indios, el taita José por ejemplo, nos invitan a entender que esa ética universal solo puede ser aceptada sobre el consenso de las éticas particulares.

En este premio hay otra aparente casualidad, si esa palabra existe. Quisiera que fuera el reconocimiento a la diversidad epistemológica. ¡Qué curioso que el fundador del premio fuera nada menos que el doctor Paul Feyerabend, reconocido científico y filósofo de las ciencias, cuyo trabajo, entre otras cosas, consistió en reconocer la diversidad epistemológica! Es ésa, precisamente, la tercera lección de este homenaje.

El siglo de las luces produjo un deslumbramiento de la razón, instalada en la cúspide de la evolución humana. Los hallazgos y los logros del pensamiento occidental han sido tan contundentes que quedamos perplejos y enceguecidos con sus resultados. Es la semilla de la universalización del pensamiento humano. “¡No!”, me han dicho estos indios, me ha dicho usted, taita José. Creo pues, ahora, en la diversidad epistemológica, es decir en que el mundo y la realidad se pueden comprender de distintos modos. En que nuestras maravillosas ciencia y razón occidentales pueden ser ayudadas y mejoradas por otras ciencias y, sobre todo, por la ciencia tradicional. Evoco las palabras del taita Roberto:

Hace quinientos años llegaron ustedes y nosotros esperamos que tocan la puerta, para así abrirles, invitarlos a pasar, ofrecerles un asiento y quizás darles algo de tomar para refrescarlos de su viaje. Pero no, ustedes no tocaron, entraron a la fuerza y nos dijeron que esta casa no era nuestra, que ustedes eran los nuevos dueños y nosotros sus sirvientes. Nunca preguntaron qué sabíamos y sólo les interesó saber qué teníamos: oro, oro, oro, era la única palabra que entendimos. Todavía estamos sentados, quizás arrinconados, maltrechos y agobiados, esperando a que ustedes toquen nuestra puerta y quieran conversar como hermanos con nosotros¹.

Es el mismo taita que después de casi tres años de haberlo conocido me dijo un día: “tranquilo doctor, que ya lo estoy civilizando”. Y todos ellos nos siguen dando una lección. Para curar las heridas de la historia es preciso dejar a un lado la violencia, la venganza, la politiquería pordiosera, pues lo que se requiere primero y antes que nada es el respeto y el auténtico diálogo intercultural, para ser capaces de vivir la solidaridad y el servicio mutuo.

Quisiera ahora referirme a usted taita José... Los que hemos tenido el privilegio de ser sus amigos y, aún más, sus pacientes, no nos cansamos de admirar su entrega. Lástima que la mayor parte del mundo no sepa lo que significa un verdadero médico tradicional y el enorme sacrificio y la disciplina necesarios para alcanzar la sabiduría de la selva. Usted es portador de una ciencia que pasa por el entendimiento, pero también por la memoria y la voluntad, y los que hemos recibido el beneficio de su saber y su poder, más que el cerebro o incluso el corazón, hemos tenido que usar la

¹ Transcripción de una imagen de trance entre indígenas inganos.

rodilla, pues sólo al doblarla es que comprendemos nuestro verdadero lugar en el universo.

Quienes hemos tenido la fortuna de visitarlo en su casa, en medio de la selva, de sus inclemencias y de los graves desórdenes de la guerra que los sigue acosando, reiteramos una y otra vez nuestra admiración por los valores que los caracterizan a usted y a su familia. Para mí, el homenaje más profundo con este premio que recibe es el homenaje a *las virtudes capitales*, en oposición a los *pecados capitales* que tanto abundan en nuestro mundo occidental.

Sí, en medio de la difícil adaptación a la modernidad, usted y su esposa, doña Berenice, han sabido conservar la vieja figura de la maloca en donde conviven solidariamente hasta cuatro generaciones compartiendo el duro esfuerzo de conseguir la yuca de cada día. La hospitalidad y la generosidad están siempre presentes cuando llegan amigos y aun desconocidos. Para todos hay siempre un bocado, una bebida y, por supuesto, una curación. Que Dios los bendiga y los guarde muchos años más con nosotros.

Termino ahora con la tercera reflexión: una **plegaria**.

No quisiera que este premio termine en un pequeño festín de vanidades, aplausos y palmadas regocijantes. Al considerar las tres clásicas virtudes teologales, el mundo de hoy pareciera estar cansado de credos y divisiones, y las palabras caridad y amor parecieran incluso haber perdido su sabor. En el fondo estamos enfermos de desesperanza, es decir de desesperación. Respetuosamente quiero levantar mi voz en este recinto para decir que sí hay esperanza. Que la solidaridad es posible. Que un mundo solidario es posible.

Pero no debemos esperarla del llamado primer mundo, con su imposición de un modelo de desarrollo individualista, antiecológico, materialista y consumista. Un modelo que ha querido monetarizar todo, hasta las relaciones sociales y los individuos, quienes incluso ahora son llamados *recurso humano* o *capital humano*. Sí, hemos recibido ciencia y tecnología que a muchos de nosotros nos ha significado tener más comodidades y bienestar. Pero me niego a aceptar ese bienestar a costa de los demás, a costa de la naturaleza, a costa de olvidar las realidades del espíritu, porque en castellano *ser* y *estar* no significan lo mismo.

La búsqueda de la esperanza, creo yo, sólo es posible si reasumimos plenamente nuestra identidad cultural y nos sentimos

orgullosos de lo que somos, de lo que tenemos y de lo que heredamos de nuestros antepasados, sobre todo de los indígenas. Ya basta de admirar sólo y siempre lo que viene de afuera. Considero que es hora, por fin, de valorar y recuperar plenamente lo que tenemos adentro, en nosotros mismos.

Y si bien hablo de valores y creencias, también hablo de ciencia. Tengo la esperanza de que aquí se construya una nueva ciencia, como fruto del diálogo intercultural y el respeto a la diversidad epistemológica. Una ciencia nuestra, que recoja lo mejor del modelo biomédico occidental y que también asuma lo mejor del modelo médico tradicional.

Porque aunque nos cueste creerlo, las plantas medicinales aún tienen un lugar muy importante en pleno siglo XXI. Los cuidados tradicionales del embarazo, el parto, la menstruación y la menopausia sí parecen ofrecer beneficios para la salud de la mujer. Hablar de palabras despreciadas como purga, limpieza y purificación cobran nuevo sentido terapéutico. Comprender que el cuidado de la naturaleza es requisito indispensable para la buena salud es hoy casi una perogrullada. Y aunque sea más difícil de aceptar: una medicina sin espíritu no puede ser una verdadera y completa medicina.

Es la invitación a ser *sembradores* de esperanza, ésa es mi plegaria...

En nombre del taita y su familia y en el mío propio, muchas gracias por acompañarnos.